





INHUMANO



INHUMANO

Patricia Cornwell

Traducción de Ramón de España



Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F. • Miami • Montevideo • Santiago de Chile

Título original: *Depraved Heart*
Traducción: Ramón de España
1.ª edición: octubre de 2017

© 2015 by Cornwell Entertainment, Inc.
© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa
del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-6100-3
DL B 18629-2017

Impreso por Unigraf, S.L.
Avda. Cámara de la Industria n.º 38
Pol. Ind. Arroyomolinos n.º 1
28938 - Móstoles (Madrid)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Staci



Definiciones legales del concepto
«corazón depravado»

Carente de obligaciones sociales y fatalmente inclinado a la maldad.

Mayes contra el Pueblo,
Tribunal Supremo de Illinois (1883)

Una indiferencia depravada con respecto a la vida humana.

El Pueblo contra Feingold,
Tribunal de Apelación de Nueva York (2006)

El dictado de un corazón retorcido, depravado y malévolo; *une disposition à faire une chose mauvaise*; puede ir por su cuenta o en relación a la ley.

WILLIAM BLACKSTONE,
Comentarios sobre las leyes
de Inglaterra (1769)



*Herr God, Herr Lucifer.
Beware.
Beware.*

*Out of the ash
I rise with my red hair
And I eat men like air.*

Herr Dios, Herr Lucifer.
Cuidado.
Cuidado.

Porque yo con mi cabellera roja
resurjo de las cenizas
y devoro hombres como si fuesen aire.

SYLVIA PLATH,
«Lady Lazarus», 1965



1

Le regalé el osito vetusto a Lucy cuando tenía diez años, y ella lo bautizó como Mister Pickle. Está sentado sobre la almohada de una cama tensa cual catre militar, con sábanas de aire oficial remetidas en plan hospital.

El osito siempre aquejado de abulia me mira de manera ausente, con la boca de hilo negro torcida hacia abajo, en forma de V invertida, y yo debo haberme imaginado que se sentiría contento y hasta agradecido si le rescataba. Es irracional pensar algo así cuando hablamos de un animal de peluche, sobre todo si la persona que alumbra esos pensamientos es una abogada, científica y doctora a la que se supone fríamente clínica y lógica.

Experimento una mezcla de emociones de sorpresa ante la aparición inesperada de Mister Pickle en el vídeo que acaba de aterrizar en mi teléfono. Una cámara fija debe de estar enfocando hacia abajo desde un ángulo concreto, probablemente un agujero en el techo. Puedo discernir el suave tejido de sus zarpas, los dulces ricitos de su mohair verde olivo, las negras pupilas de sus ambarinos ojos de vidrio, la etiqueta amarilla de la oreja que pone STEIFF. Recuerdo que medía veintidós centímetros, por lo que resultaba un compañero agradable para un cometa veloz como Lucy, mi única sobrina, que, de hecho, era también mi única hija.

Cuando descubrí el oso de juguete décadas atrás, estaba en lo alto de una estropeada estantería de madera llena de inanes

libros de lujo que olían a moho y versaban sobre jardinería y casas sureñas en una zona pija de Richmond, Virginia, llamada Carytown. Iba vestido con un mandilón blanco que le quitó de inmediato. Arreglé bastantes sietes con suturas dignas de un cirujano plástico y lo metí en un fregadero lleno de agua tibia, donde lo lavé con un champú antibacterias que no dañara el color; luego lo sequé con un secador de aire frío. Decidí que era un macho y que tenía mejor aspecto sin mandilones ni demás disfraces tontos, y luego me dediqué a chincar a Lucy diciéndole que era la orgullosa propietaria de un oso desnudo. Me dijo que ya se había dado cuenta.

Si te quedas sentada mucho rato y muy quieta, la tía Kay te arrancará la ropa, te pasará la manguera por encima y te destripará con un cuchillo. Luego te coserá y te dejará ahí desnuda, añadió alegremente.

Inapropiado. Espantoso. Nada divertido, francamente. Pero a fin de cuentas, Lucy tenía diez años por aquel entonces, y de repente vuelvo a oír en la cabeza esa voz infantil acelerada mientras me aparto de una sangre en descomposición que luce un tono marrón rojizo y cuyos acuosos y amarillentos extremos se extienden por el suelo de mármol blanco. El hedor parece oscurecer y ensuciar el aire, y las moscas son como una legión de diminutos diablillos quejicas enviados por Belcebú. La muerte es codiciosa y fea. Nos ataca los sentidos. Dispara todas las alarmas de nuestras células, amenazando nuestras propias vidas. *Ten cuidado. Mantente a distancia. Sal pitando hacia las colinas. El próximo podrías ser tú.*

Estamos programados para encontrar los cadáveres desagradables y repulsivos, para evitarlos como a una plaga, literalmente. Pero inmerso en ese marcado instinto de supervivencia hay una rara excepción que resulta necesaria para mantener a la tribu sana y segura. Algunos de nosotros, los más selectos, venimos a este mundo siendo inmunes al espanto. De hecho, hasta nos atrae, nos fascina, nos intriga y nos parece algo bueno. Alguien tiene que prevenir y proteger a los que se han quedado atrás. Alguien tiene que ocuparse de las cosas dolorosas y desa-

gradables, para deducir el porqué, el cómo y el quién y hacerse cargo adecuadamente de los restos en proceso de putrefacción antes de que empeoren y extiendan la infección.

Yo creo que esos cuidadores especiales se crean de forma desigual. Para bien o para mal, no todos somos iguales. Eso siempre lo he sabido. Dadme unos cuantos whiskies cargaditos y reconoceré que no soy normal, entre comillas, y que nunca lo he sido. No temo a la muerte. Rara vez me fijo en sus materializaciones más allá de lo que me tengan que decir. Olores, fluidos, gusanos, moscas, buitres, roedores. Todos contribuyen a las verdades que busco, y es importante reconocer y respetar la vida que precedió a esa biología fallida que examino y recojo.

Todo esto que digo es para declarar que no me molesta aquello que la mayoría de la gente considera inquietante y asqueroso. Pero no por nada que tenga que ver con Lucy. La quiero demasiado. Desde siempre. Ya me siento tan responsable como culpable, y puede que de eso se trate, pienso mientras reconozco la sencilla habitación color crudo en la cinta que acaba de tenderme una emboscada. Soy el sumo hacedor, la viva imagen de la autoridad, la tía cariñosa que colocó a su sobrina en ese cuarto. Yo puse ahí a Mister Pickle.

Está prácticamente igual que cuando lo saqué de aquella polvorienta tienda de Richmond y le di un buen baldeo, al principio de mi carrera. Observo que no recuerdo cuándo o dónde lo vi por última vez. No tengo ni idea de si Lucy lo perdió, se lo regaló a alguien o lo metió en un armario. Mi atención se desvía al oír unos potentes espasmos de tos a varias habitaciones de distancia, dentro de esta hermosa mansión en la que una joven rica ha muerto.

—¡Joder! ¿Pero esto qué es? ¿María la del Tifus?

Se trata del investigador de la policía de Cambridge Pete Marino, haciendo el ganso, hablando y bromeando con sus colegas como hacen los polis.

El agente de Massachusetts cuyo nombre desconozco se está recuperando de un «resfriado veraniego», se supone. Me empiezo a preguntar si lo que tiene no será una tos desmadrada.

—Mira, monigote, ¿pretendes pasarme tu puta dolencia?
¿Quieres contagiarme? ¿Y si te quedas allí de pie?

Más modales versallescos a cargo de Marino.

—No soy contagioso.

Nuevo ataque de tos.

—¡Joder! ¡Tápate la puta boca!

—¿Y cómo quiere que lo haga con los guantes puestos?

—Pues quítatelos, maldita sea.

—Ni hablar. Yo no pienso dejar mi ADN por aquí.

—¿De verdad? ¿Y tus toses no van esparciendo ADN por toda la casa a cada paso que das?

Me desconecto de Marino y el polizonte y fijo la vista en la pantalla de mi teléfono. Van pasando los segundos en el vídeo y la habitación sigue estando vacía. No hay nadie. Solo Mister Pickle en la cama estrecha, incómoda y de aspecto castrense de Lucy. Es como si las sábanas blancas y la manta de color crudo estuviesen pintadas con aerosol sobre ese colchón angosto y esa almohada individual esmirriada, y yo detesto las camas apretadas. Las evito siempre que puedo.

En casa, mi cama, con su mullido colchón ergonómico, sus sábanas del mejor hilo y sus edredones bien rellenos, es uno de mis lujos más adorados. Es donde por fin descanso, donde por fin tengo sexo, donde sueño o, aún mejor, no lo hago. Me niego a sentirme como en una camisa de fuerza. No puedo dormir apretada y constreñida como una momia y sin que la circulación me llegue a los pies. No es que no esté acostumbrada a instalaciones militares, alojamientos a costa del gobierno, moteles cutres o cuarteles de todo tipo. He pasado incontables horas en sitios inhóspitos, pero nunca por elección. Lo de Lucy es otra historia. Aunque ya no lleva una vida sencilla y espartana, la verdad es que no le da la misma importancia que yo a determinadas comodidades.

Puedes meterla en un saco de dormir en medio de un bosque o un desierto y no se quejará mientras tenga armas y tecnología y pueda parapetarse contra el enemigo, cosa que puede ocurrir en cualquier momento. Es incansable a la hora de controlar el

entorno, lo cual constituye otro argumento en contra de que tuviese la menor idea de que estaba bajo vigilancia en su propio cuarto.

No lo sabía. De ninguna de las maneras.

Llego a la conclusión de que el vídeo se grabó hace unos dieciséis años, diecinueve a más tirar, con un equipo de espionaje de alta resolución adelantado a su época. Multicámara y megapíxeles. Plataforma abierta y flexible. Control por ordenador. *Software* ligero. Fácil de ocultar. Remotamente accesible. Definitivamente, investigación y desarrollo Nuevo Milenio, pero ni anacrónico ni falseado. Es exactamente lo que yo esperaba.

El entorno técnico de mi sobrina siempre va adelantado a su época, y entre mediados y finales de los noventa, se habría enterado de los nuevos desarrollos en equipos de vigilancia mucho antes que los demás. Pero eso no quiere decir que sea Lucy quien instaló aparatos disimulados de grabación en su propio cuarto mientras estaba de becaria en el FBI, todavía iba a la universidad y ya era tan irritantemente dada a lo privado y lo secreto como ahora.

Palabras como «vigilancia» y «espía» dominan mi diálogo interior porque estoy convencida de que lo que estoy mirando no fue grabado con su conocimiento. Y mucho menos con su permiso, lo cual me parece importante. Tampoco creo que fuese Lucy quien me envió el vídeo, aunque parezca provenir de su móvil En Caso de Emergencia (ECE). Eso es muy importante. Y también problemático. Casi nadie tiene su número ECE. Puedo contar con los dedos de la mano las personas que lo tienen, y me dedico a estudiar cuidadosamente los detalles de la grabación. Empezó hace diez segundos. Once ya. Catorce. Dieciséis. Someto a un profundo escrutinio las imágenes filmadas desde múltiples ángulos.

Si no fuera por Mister Pickle, tal vez no habría reconocido el antiguo cuarto de Lucy, con sus persianas blancas horizontales corridas al revés, cual tejido o piel mal doblado, una costumbre suya que siempre me ha sacado levemente de quicio. Lucy cierra de manera rutinaria las persianas con las lamas hacia donde no

es, pero hace tiempo que dejé de decirle que era como ponerse las bragas al revés. Según ella, cuando las lamas cerradas se doblan hacia arriba en vez de hacia abajo es imposible ver nada. Cualquiera que piense así se preocupa porque la vigilen, la observen, la acosen o la espíen. Lucy nunca permitiría que alguien se saliera con la suya.

A no ser que no lo supiera. A no ser que confiara en cualquiera que fuese.

Pasan los segundos y la habitación sigue igual. Vacía. En silencio.

Las paredes de cemento y el suelo de baldosas son extremadamente blancos; el mobiliario, barato, en contrachapado de arce; todo sencillo y práctico y rozando una parte remota de mi cerebro, una parte de mi memoria saturada de dolor que mantengo sellada cual restos humanos soterrados. Lo que estoy viendo en la pantalla del móvil podría ser un cuarto de algún hospital psiquiátrico privado. O la habitación de un oficial de visita en una base militar. O un alojamiento temporal de lo más anodino. Pero sé lo que estoy mirando. Reconocería a ese osito melancólico en cualquier parte.

Mister Pickle siempre iba con Lucy, y mientras contemplo su inquieto rostro recuerdo lo que me ocurría durante los largos días perdidos de los años 90. Yo estaba al frente de los exámenes médicos en Virginia y era la primera mujer en acceder a ese cargo. Me había convertido en la cuidadora de Lucy cuando la egoísta de mi hermana Dorothy optó por echármela encima. Lo que parecía una breve visita improvisada resultó ser algo definitivo, y el momento en que sucedió no pudo ser más inoportuno.

Mi primer verano en Richmond lo pasé en estado de sitio, pues un asesino en serie se dedicaba a estrangular mujeres en sus propios hogares, en sus propias camas. Los crímenes iban en aumento y cada vez eran más sádicos. No podíamos atraparle. No dábamos ni una. Yo era nueva. La prensa y los políticos se me echaron encima cual avalancha. Yo era una marginada. Fría

y ausente. Era peculiar. ¿Qué clase de mujer se pone a diseccionar cadáveres en una morgue? Carecía de gracia y de encanto sureño. No procedía de Jamestown ni del *Mayflower*. Una católica rebotada, una nativa de Miami socialmente liberal y multicultural, pero me las había apañado para ejercer mi carrera en la antigua capital de la Confederación, donde el porcentaje de crímenes per cápita era el más alto de Estados Unidos.

Nunca obtuve una explicación satisfactoria de por qué Richmond se llevaba el premio gordo en cuanto a homicidios ni de por qué a los polis les gustaba presumir al respecto. Ya puestos, tampoco entendía las reconstrucciones de la Guerra Civil. ¿Para qué celebrar tu principal derrota? Pero enseguida aprendí a no verbalizar mi escepticismo, y cuando me preguntaban si era yanqui, decía que no prestaba mucha atención al béisbol. En general, con eso bastaba para hacer callar a cualquiera.

La euforia de ser una de las primeras jefas médicas de Estados Unidos se disipó rápidamente, y la medalla moral que me había colgado perdió su brillo a gran velocidad. La Virginia de Thomas Jefferson parecía más una vieja y tozuda zona de guerra que un bastión de la cordialidad y la ilustración, y no transcurrió mucho tiempo hasta que la verdad salió a la luz. El anterior supervisor médico en jefe era un alcohólico intolerante y misógino que murió de forma repentina, dejando un legado desastroso. Ningún patólogo forense veterano con una reputación decente quería ocupar su lugar. Por eso los hombres al mando tuvieron una idea brillante: ¿qué tal una mujer?

Las mujeres son buenas arreglando estropicios. ¿Por qué no encontrar una experta forense? Da igual si es joven y carece de la experiencia requerida para dirigir un sistema de ámbito estatal. Mientras sea una experta cualificada en los tribunales y tenga buenos modales, puede acabar dominando el cargo. ¿Qué tal una italiana perfeccionista adicta a los detalles y con muchos estudios que creció en la miseria, lo tiene todo por demostrar, va a cien por hora y es una divorciada sin hijos?

Bueno, lo de *sin hijos* cambió cuando sucedió lo inesperado. El único retoño de mi única hermana, Lucy Farinelli, era el

bebé que me encontré en la puerta. Solo que el bebé en cuestión tenía diez años, sabía más que yo de ordenadores y todo tipo de asuntos mecánicos y desconocía los más elementales rudimentos de una conducta apropiada. Decir que Lucy era difícil es como decir que los rayos son peligrosos, pues bordea la perogrullada.

Mi sobrina era y es un desafío. Inmutable e incurable. Pero de cría era imposible de civilizar. Era un genio de nacimiento, una niña cabreada, hermosa, dura, temeraria, intocable y carente de remordimientos, tremendamente sensible e insaciable. Nada de lo que yo pudiera hacer por ella resultaría suficiente. Pero me esforcé. Lo intenté incansablemente contra todo pronóstico. Siempre he temido ser una madre espantosa. Carezco de motivos para ser buena.

Pensé que un oso de peluche podría alegrarle la vida a una cría abandonada y hacerla sentirse querida, y mientras contemplo en un vídeo de vigilancia, cuya existencia desconocía un minuto antes, a Mister Pickle en la cama del antiguo dormitorio de Lucy, un leve choque del voltaje se convierte en una calma generalizada. Se me queda la mente en blanco. Me concentro. Pienso con claridad, de forma objetiva y científica. Debo hacerlo. El vídeo del móvil es auténtico. Asumirlo resulta crucial. El material no ha pasado por Photoshop ni ha sido manipulado. Sé perfectamente lo que estoy viendo.

La Academia del FBI. Residencia Washington. Habitación 411.

Intento recordar con precisión cuándo estuvo allí Lucy, primero de becaria y luego de agente novata. Hasta que se deshicieron de ella. Hasta que el FBI, básicamente, la despidió. Luego vino la ATF. Después se convirtió en una mercenaria especial que desaparecía en misiones de las que no quiero saber nada, justo antes de poner en marcha su propia empresa de ordenadores para forenses en la ciudad de Nueva York. Hasta que también la echaron de allí.

Entonces se ha convertido en ahora, un viernes por la mañana en mitad de agosto. Lucy es una empresaria técnica de treinta

y cinco años, extremadamente rica, que comparte generosamente su talento conmigo y con mi cuartel general, el Centro Forense de Cambridge (CFC), y mientras miro el vídeo de vigilancia, estoy en dos sitios a la vez. En el pasado y en el presente. Están conectados. Hay una continuidad.

Todo lo que he hecho y he sido ha ido avanzando lenta e imparablemente como una masa de tierra, propulsándome hasta este salón de mármol con manchas dispersas de sangre pútrida. Lo que ha ocurrido me ha llevado exactamente adonde estoy, cojeando y con dolores en una pierna seriamente herida y junto a un cadáver en descomposición sobre el suelo. Mi pasado. Pero, más importante aún, el de Lucy, e intuyo una galaxia de formas brillantes dando vueltas y ocultando secretos en un negro y vasto vacío. Oscuridad, escándalos, engaños, traiciones, fortunas ganadas y perdidas y recuperadas, tiroteos malos, buenos y mediocres.

Nuestra vida juntas empezó con esperanzas, sueños y promesas, se fue poniendo cada vez peor hasta que mejoró y, finalmente, se convirtió en algo que no estaba mal y que acabó estando bastante bien hasta que todo se fue al demonio de nuevo el pasado junio, cuando casi me muero. Creí que esa historia de terror había terminado para siempre y que ya no ocupaba ningún espacio en la mente de nadie. No podría haber estado más equivocada. Es como si hubiera esquivado un tren en marcha para acabar atropellada por el que venía en dirección contraria.